



GAMBOA

GAMBOA

TORREÓN FORTEA
20 mayo - 4 julio 1999



AYUNTAMIENTO DE ZARAGOZA

En el mundo de la pintura, como en el de cualquier otra expresión artística, una de las temáticas más recurrentes suele desarrollarse en torno a la representación del medio social e incluso natural en que se desenvuelve el artista, independientemente del mayor o menor grado de idealización o de simbolismo con que éste lleve a cabo la recreación de su propio ecosistema, contribuyendo así a engrosar esa tendencia del arte que solemos denominar realista.

Esa inclinación natural a tomar como referencia las gentes y los acontecimientos de la experiencia cotidiana puede adaptarse a planteamientos conceptuales de profundo calado y grandes pretensiones o bien limitarse a la quizá modesta pero también gloriosa exaltación de la vida más próxima en sus manifestaciones diarias y contingentes, que siempre son las fundamentales y más decisivas.

En ese ilimitado y feraz territorio se mueve la pintura de José Luis Gamboa, genuino representante de un realismo que podríamos denominar urbano, preocupado por dejar constancia de las inquietudes y las contradicciones, los problemas y las esperanzas, las emociones y los sueños de todos los hombres y mujeres con los que comparte su vida, en medio de la soledad, los recuerdos, el exceso de información, la belleza sin tasa, la solidaridad y el entusiasmo de los que siempre esperan lo mejor o lo menos amargo o lo más limpio del incierto camino por el que siempre discurre la existencia.

Toda la pintura de Gamboa, quizá como su vida, no parece ser otra cosa sino un ilimitado canto de amor a cuanto sucede alrededor, en esas calles y entre esas gentes con las que transcurre nuestra vida, cada vez más diversa y contingente pero también más rica y plena de sentido.

Tal vez por eso nos interesa y emociona tanto su trabajo como pintor, que nos satisface mucho poder presentar en una sala municipal, ofreciendo así a todos los conciudadanos la oportunidad de conocer y disfrutar una singular propuesta artística que también es, ante todo, una irrenunciable apuesta vital, con la que José Luis Gamboa nos incita a sentir y comprender la vida de un modo diferente, acaso más profundo o más humano.

Luisa Fernanda Rudi Úbeda
Alcaldesa de Zaragoza

Aunque ahora estén de actualidad y se presenten como tendencia novedosa, los llamados nuevos realismos son el lógico y natural resultado de las corrientes figurativas que, a despecho de toda suerte de sucesivos y despóticos movimientos aparentemente contrarios, han permanecido vigentes a lo largo de todo este siglo ya caduco, salvaguardando una de las facetas básicas y quizá decisivas de las manifestaciones culturales que solemos identificar con lo artístico.

Que se le preste mayor o menor atención, como consecuencia de los vaivenes de las modas, no debe ser motivo para ignorar, por defecto o por exceso, los verdaderos valores de un modo de concebir el arte cuyo principal objetivo parece que consiste en dar cuenta de los avatares a que se ve sometida la condición humana, representada en medios tan favorables y placenteros como inesperadamente hostiles, protagonizando en todo caso las efímeras glorias y las habituales desgracias de cada época, por más que la exaltación estética y los inevitables arrebatos sentimentales puedan inducir a pensar que sólo la belleza es verdadera.

A ese complicado ejercicio, tan gratificante como lleno de riesgos, viene dedicando sus esfuerzos creativos desde hace varias décadas el pintor José Luis Gamboa, que a mitad de camino tuvo ciertas pasajeras veleidades informalistas, para retornar muy pronto a su ineludible condición de realista figurativo, amante apasionado de la figura humana, de los desnudos físicos y de la desnudez sentimental, atento observador de las gentes y su vida cotidiana en la ciudad y notario crítico o compasivo de cuantas asechanzas nos asedian en forma de propaganda, ruidosa soledad, supuesta información y desnortada lucha por la supervivencia.

En nuestro permanente deseo de ofrecer en las salas municipales la posibilidad de conocer y valorar toda clase de tendencias artísticas, propiciando también la más eficaz difusión del trabajo de los artistas zaragozanos y aragoneses, presentamos ahora en el Torreón Fortea la más reciente pintura de José Luis Gamboa, buen representante de un realismo que quizá pretende ayudarnos a comprender mejor la verdadera realidad de nuestra existencia común, o al menos ciertas decisivas facetas de la misma.

Juan Bolea Fernández-Pujol
Concejal Delegado de Cultura y Educación

HISTORIAS DE UNA CIUDAD

Son historias. Momentos de una ciudad atrapados entre los listones de una tela. Así reconocemos, en una primera reflexión la obra de José Luis Gamboa. Sus personajes son anónimos moradores, seres que detrás de sus miradas, de sus naturales ademanes, guardan una historia que contar. Esa es la magia de los cuadros de este pintor, la que provoca en el espectador la curiosidad de conocer algo más de aquellos hombres y mujeres representados. Son instantáneas urbanas que sintetizan una secuencia ocurrida en cualquier rincón de una urbe. Su filosofía, evocar figuras humanas y situaciones, como una vegetación espontánea que brota del empedrado de las calles, como su continuación biológica. Hacer que en cada momento la protagonista sea la ciudad viviente.

Los paisajes urbanos de Gamboa espectralan la memoria colectiva en varios estadios. Individualidades en primer plano, de color, sexo y rasgos identificativos. Un tiempo y un lugar donde el personaje ha quedado inmortalizado como si se tratara de un flash fotográfico, sin darse cuenta que junto a su pasajera silueta, la relevancia adquiere el affiche inserto en el muro. Es la manera de otorgar una doble hegemonía a las imágenes. La que tiene una vigencia, aunque sea de una forma perenne y que caracteriza a una ciudad por el glosario de carteles que aparecen en las paredes de sus edificios; y por otra, el transitar de sus gentes, muchas veces ajenas a ese paisaje multiforme. Junto a esta serie de obras, el artista también presenta su particular visión de las relaciones urbanas. Lugares de convivencia común, ámbitos de popularidad restringida en el que sus habitantes, los urbanitas, actúan como vigías de las situaciones, dejándose sorprender por la mirada del pintor, totalmente desconocedores del objetivo final. La más pura representación de un teatro llamado sociedad. Una puesta en escena donde sin embargo la veracidad es su componente dogmático. Su medio de comunicación es la apariencia normal de las cosas, como ocurre en las últimas obras de Gamboa, donde los seres humanos han perdido su capacidad de reconocimiento en favor del trazado perspectivo de la ciudad. Una metrópoli erigida por la dimensión de sus edificios y domesticada las directrices de sus viales axiomáticos. Ese es el mundo que planea ante nuestros ojos, donde el individuo pierde cada día más su metáfora de isla, para convertirse en un ente que difumina su presencia entre los planos de un laberinto urbanístico.

Inserto en esa ciudad se encuentra embutido el hombre dentro de las paredes de su hábitat. Un santuario donde cree sentir el dominio de aquello que le rodea. El único lugar en el que es capaz de desnudar su espíritu y su cuerpo. Una ínsula que trasgrede el pintor para enfrentarse a la introspección de la naturaleza humana: el desnudo. Hombres y mujeres atrapados en sus propios pliegues, en unas anatomías experimentadas por los años, con los rasgos impresos de una indumentaria interna. Seres cuya estructura física no se queda en la mera plasmación sino en el psiquismo interior, en la ventana abierta que ofrecen unos cuerpos embebidos en la tramoya de la existencia. El pintor nos recuerda su oficio, dotado ahora de una gran vitalidad y alejado de virtuosismos acartonados. Es la figura humana, su representación y junto a ella la introversión del ser masculino y femenino que sólo es desenmascarada por un pincel que busca desentrañar los designios ocultos bajo cada arruga de la piel.

En la pintura de José Luis Gamboa se da una doble conjunción. Por un lado la modernidad tomada como un concepto basado en la razón, guiado por la libertad y fundado en la idea de la igual dignidad de las personas. Y por otro el expresionismo de su plástica, tomado como una rebeldía pictórica con una temática y un lenguaje impactante. Sus obras transforman la realidad en un universo inquietante, taladrado por situaciones remarcadas por su gran cromática. Siluetas perfiladas por negros trazos, estudios de luz contruados en la metamorfosis de los cuerpos. Pero siempre al final del túnel o en su boca, el ser humano constituyendo un mosaico de retratos. Rostros de orígenes dispersos, sin afinidad aunativa, simplemente retazos de una convivencia unidos por un vértice común, el designio de su hacedor. Es ahí donde reside su riqueza al mismo tiempo que sintetiza el hálito de su progenitor. Mostrar cómo personas sin vinculación personal perviven en una misma localización geográfica, mantienen actividades distintas, expresiones y gestos sin concomitancia aparente pero que resumen el palpito de una ciudad y sus moradores.

Desirée Orús

PARA SITUAR LA PINTURA DE J. L. GAMBOA

Lejos estaba Baudelaire de sospechar, visitante de los Salones parisinos del 45 y del 46, que sus célebres crónicas, en las que exaltaba el *nouvel évangile* trazado por Delacroix, habrían de convertirse en un fundamental punto de inflexión crítica en la trayectoria de la representación. No es que sea obligado hablar de un antes o un después de Delacroix, sino que es imposible marginar el certificado baudelairiano sobre las pretensiones del artista, y esto dejando a un lado su perspicacia o su extremada ilusión: pues, como es sabido, las crónicas de Baudelaire, oponiéndose a las pretensiones realistas, saludaban el giro de la pintura hacia la *revolución que se produce bajo el cielo del cráneo*, es decir, hacia la magnificación del *punto de vista*.

De manera que el poeta, lúcido e interesado contemplador, marcaba una frontera, que había comenzado a ser cruzada con los albores de su siglo, a un lado de la cual surgían las ofertas inspiradas por el temblor de la lámpara vacilante y alimentada de afectos intraducibles y, al otro -por emplear la analogía de Hazlitt, que sirviera a Abrams para titular su clásica obra-, las pretensiones revividas por representar especularmente el océano interminable de lo real para todos.

Las aventuras de la representación a lo largo de los doscientos años que inauguran la sospecha de Baudelaire han de ordenarse a partir de su diagnóstico, que sólo pareciera reductor a quienes están empeñados y atosigados por datar el origen y las exequias de nuevos movimientos, de originales ofertas y de genialidades que parecieran agotar en su enfurecido *mäelström* la totalidad de las pretensiones humanas y sociales. Válida estrategia para esas sombras, a las que se refiere Bernhard en su aterradora *Extinción: en cuanto oigo: icatadrático de universidad!*, me pongo malo. Un título así, al fin y al cabo, es precisamente la prueba de ser un zoquete especialmente insólito.

Pero lo exacto es mucho más simple. La pasión que obliga a reconocer el mundo con la ayuda de la Lámpara empobrecida -ya no luz solar, ya no claridad para lo absoluto- desembocará en el expresionismo de Appel, Saura, Pollock o De Kooning: un gigantesco movimiento de condensación del *nouvel évangile*, que produce una turbulencia inaudita de escuelas menores, de repeticiones escolásticas y manieristas. Y, por otra parte, la turbada pretensión mimetizadora culminará en los procesos desconstructivos de las recomendaciones clásicas, inspiradores del cubismo o de la carcajada irónica del *art povera* de Pistoletto, del *action painting* y, sorprendentemente, en el hiperrealismo de la escuela americana -del fotorealismo de Estes o Cottingham al pop de Warhol-. Y nada más, excepto el temblor que inspiran los proyectos que necesitan irrumpir en órdenes acotados para la representación plástica -Kandinsky, Rothko...

Así, la única pintura que tiene sentido en las postrimerías del milenio es la que somete el vigor de una de tales tradiciones: expresionista o desconstructiva de lo real común e irónica con el juego mismo de lo real y la representación. No hay otra ruta estrictamente plástica. Y la que juega con la pretensión de aproximarlas en un intento de fusión que resulta sorprendente encontrar sin que chirrien elementos tan canónicamente divergentes.

Pues bien, las tornas plásticas de J. L. Gamboa parecen seducidas por una inequívoca tentación realista. Las instantáneas de encuentros corales, que abundaban en anteriores muestras, dejaban constancia de tal afecto, que se agudiza ahora, que alcanza mayor densidad en este momento en esa pasión por el rostro que se evidencia de forma magnífica en la captación del gesto, de la mueca y de la mirada despertada que descubrimos en la constitución de ese retablo ciudadano que es, a un tiempo, testimonio, homenaje y cuidadísimo ejercicio técnico; y, desde luego, en su sorprendente irrupción en las escenas exteriores, en esa aproximación a la calle poblada de gentes que cruzan, de autobuses que circulan entre la atmósfera ruidosa de ciudades de nombre reconocible. Instantáneas, por así decirlo, que eluden la pose, que pretenden raptar a la transitoriedad absoluta un momento, una palabra o un encuentro, o marcar a hierro un gesto que lo todo de una sombra -hombre o mujer- y que, inexistente, no permitiría recordar lo que en verdad animó a los desprevenidos habitantes.

¿Una nueva oferta realista, entonces? Nada más inexacto. Porque la pintura de J. L. Gamboa me parece tender a la fusión de las dos trayectorias que limitan las turbulencias estéticas post-baudelairianas. En efecto, la mano de Gamboa camina más seducida por la Lámpara que añorante del Sol, y, entonces, se obsesiona en sacar a la luz aquello que a la claridad despreocupa, es decir, ese canal subterráneo que forma también parte de la vida y de lo real al que brinca una entusiasta conmemoración. No hay tipos -el gimnasta, la prostituta, el bebedor-, sino sombras que se agotan en sí mismas, irrepetibles porque son la palabra que conversa, la mirada insinuante que propone un encuentro amoroso o el cuerpo cansado que, a pesar de todo, ha de aguantar el tirón de las horas hasta el agotamiento necesario.

En tal elección late el linaje expresionista de la pintura de J. L. Gamboa: en la elevación a sacral de los rumores que se tejen en la clandestinidad, en la pretensión por convertir en flujo de lo real precisamente eso que las gentes de pajarita y cinzano sepultan bajo las bóvedas a ras de suelo; o en los daguerrotipos marcados de los personajes reales que constituyen una urdimbre seleccionada con tino por el artista; o en la estampa que huye del tópico para buscar la fulguración del alma de una ciudad.

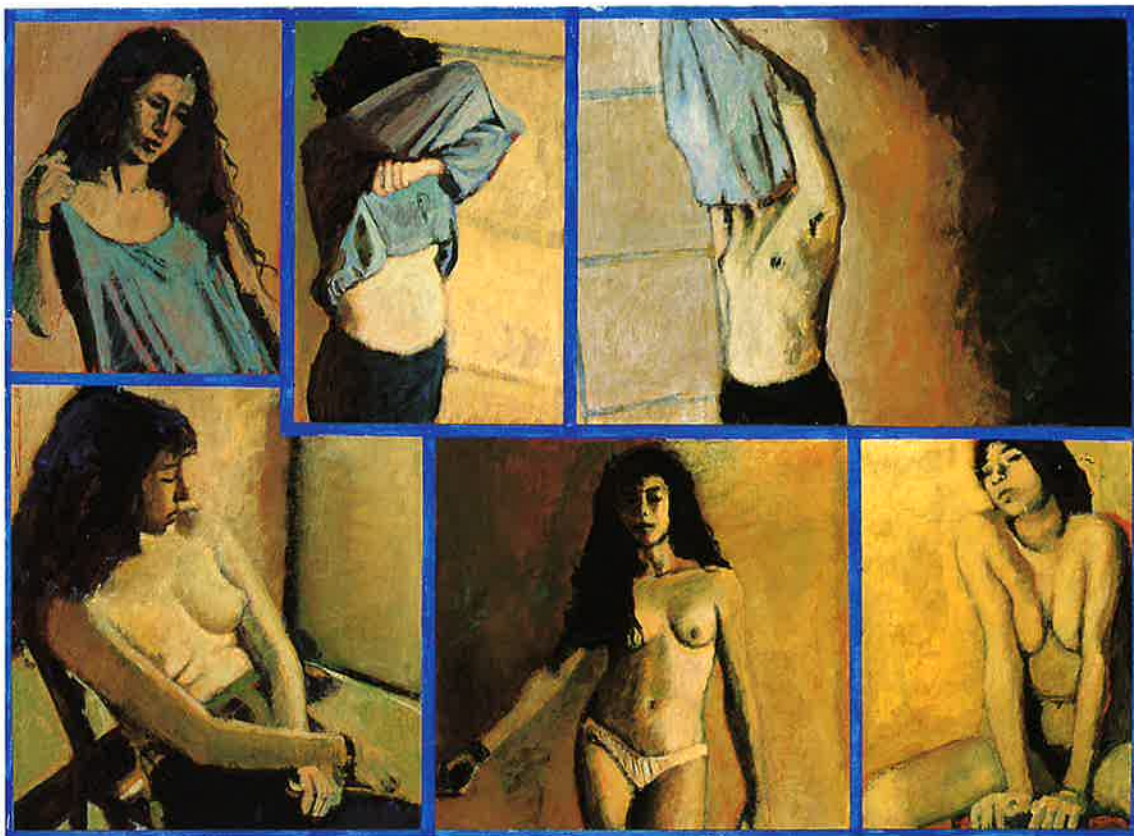
Así, a una elección provechosa, que es distorsión de lo real para todos, y que renueva la herencia expresionista, se le suma una voluntad realista que es destructiva y heridora. La fusión alcanza niveles de sobresaliente madurez teórica y plástica, moviéndose siempre dentro de los límites exigibles a la pintura.

Y que se fuerce dicha fusión abominando del volumen colorista, marginando el juego con la masa de color, que ha venido a sumar impresiones escultóricas en gran parte de las propuestas postmodernas, resulta a la postre un acierto técnico, que agudiza la fuerza de la pintura de J. L. Gamboa: pues los acrílicos y las superficies planas y rotundas del antiguo y clásico *al huevo* acentúan la sensación de una realidad mediada por el compromiso con zonas y espacios descuidados comúnmente, con rincones desbaratados que, siendo celebrados, emergen de su nocturnidad para presentarse a los ojos del espectador con la exigencia de su fortaleza y vida.

Un paso adelante en la aventura pictórica. Acaso ya no sea posible ahora, al fin del milenio, esperar inusitadas rupturas o espadas afiladas que desbaraten el nudo gordiano de la tradición: lo que entusiasmo es la labor seria y rotunda que, plural -acentuada aquí y allá-, va creando esta marea de la que resultará la expresión humana del siglo que se aproxima. Creo que la huella de la pintura de J. L. Gamboa engrandece la Marea.

J. L. Rodríguez García.

GAMBOA



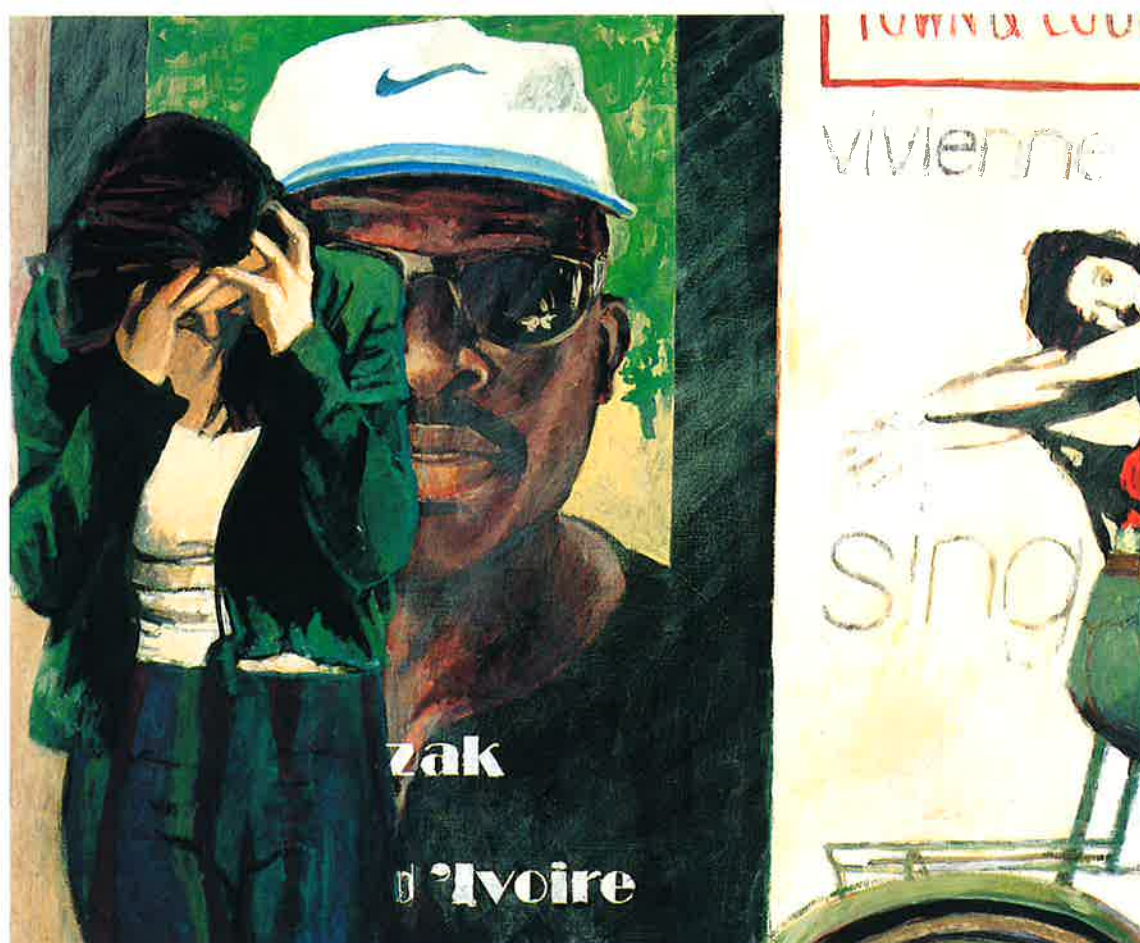
Políptico del striptease, 1999
Acrílico sobre tabla, 81,8 x 112,1





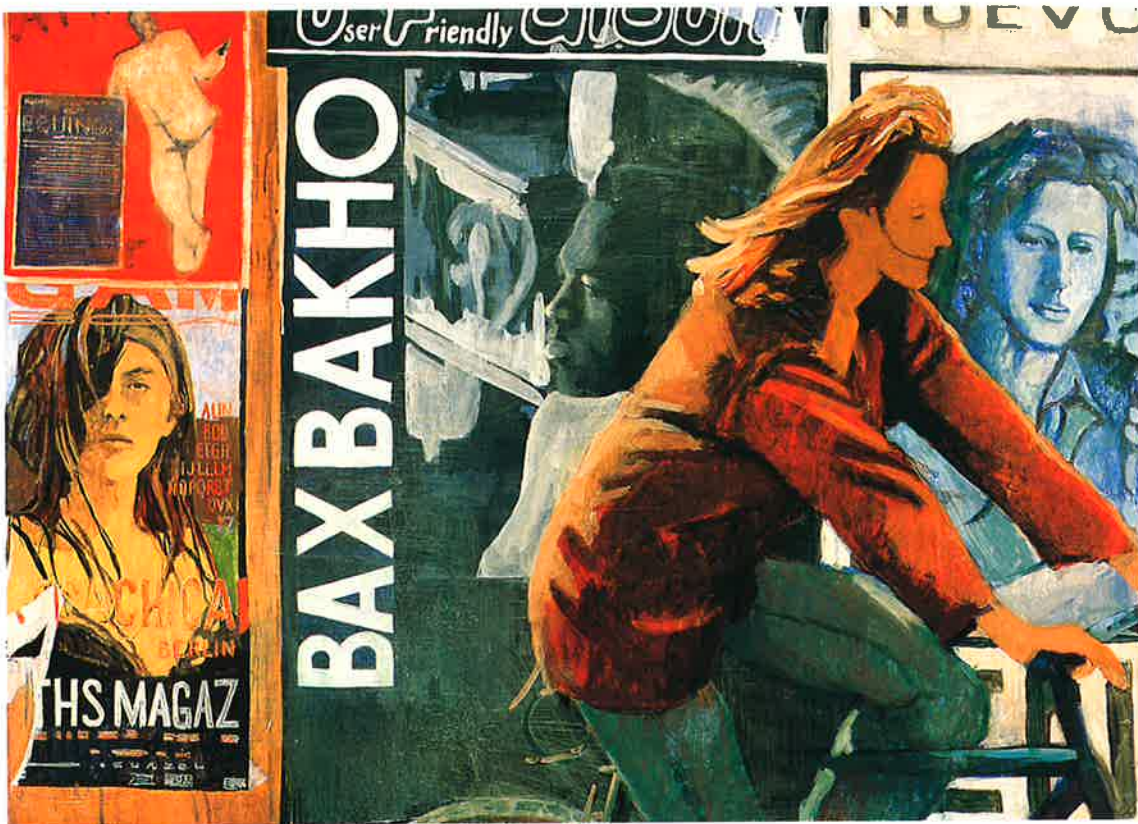
Atlantic, 1996-1999
Temple sobre tabla, 60,1 x 51,2



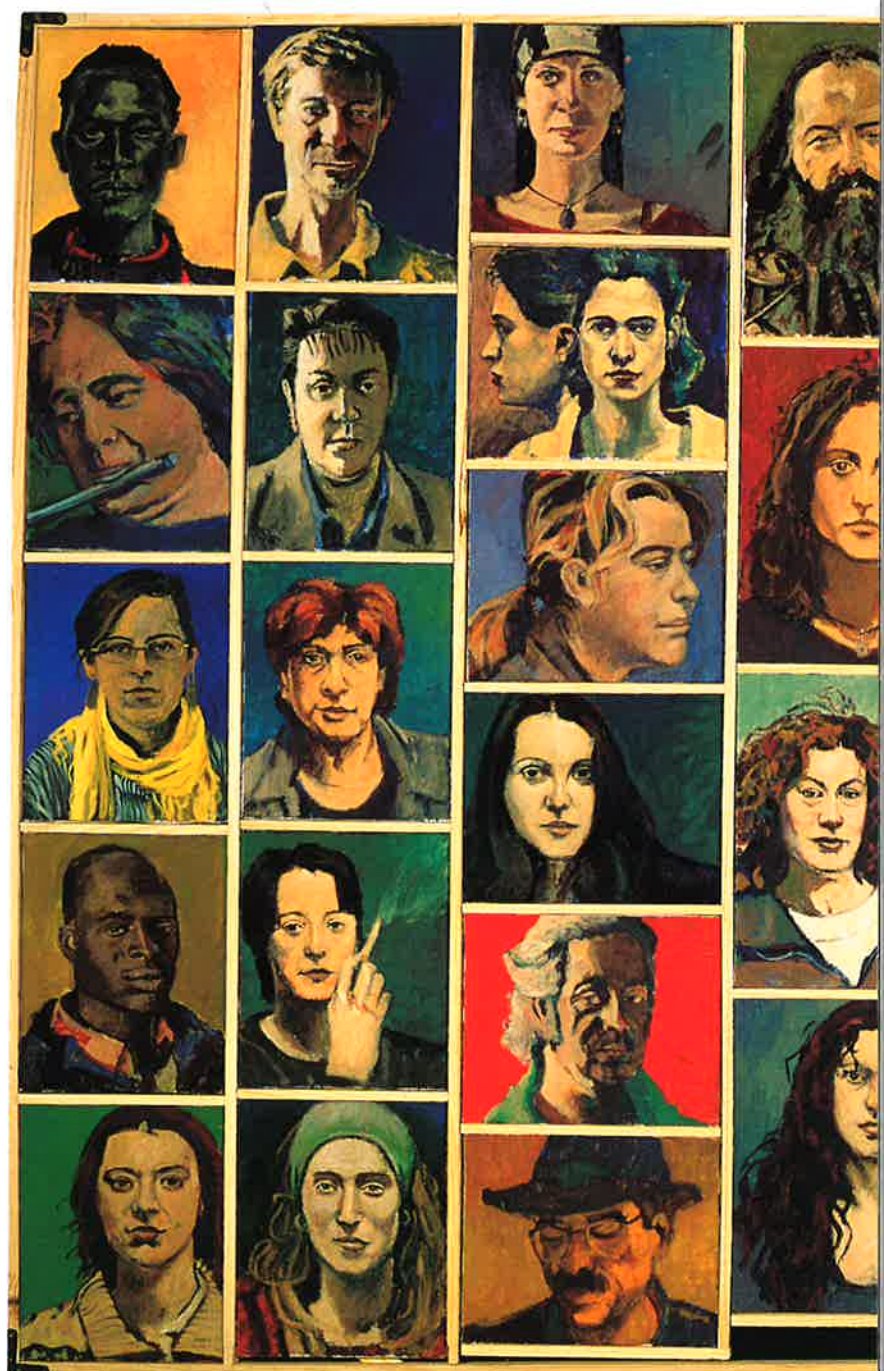


Izak, 1999
 Acrílico sobre tabla, 91,5 x 111,7





Bax Bakho, 1998-99
 Temple sobre tabla, 80,5 x 112,2





Políptico dantesco, 1998-1999
 Acrílico sobre lienzo, 143 x 230



JOSÉ LUIS GAMBOA URGELES
Zaragoza, 1952

EXPOSICIONES INDIVIDUALES

- 1984 Sala Leonardo, Zaragoza.
- 1985 I.N.B. Conde de Aranda, Alagón (Zaragoza).
Pintura entre amigos, Bar Bonanza, Zaragoza.
- 1987 Sala Municipal de Arte Joven, Zaragoza.
- 1988 Sala Municipal Castel Ruiz, Tudela (Navarra).
Musikarte, San Sebastián.
Sala Greco, Zaragoza.
Museo de Zaragoza, Zaragoza.
- 1989 *Fiesta del árbol*, Casino, Jaulín (Zaragoza).
Spanischekulturinstitut, Múnich (Alemania).
Galerie Marie Hélène Bou, Decazeville (Francia).
- 1990 Bar Modo, Zaragoza.
- 1991 Bar Lacalle, Tudela (Navarra).
Pintura entre amigos, Bar Bonanza, Zaragoza.
- 1992 Bennisar Galleries, Madrid.
- 1993 Sala Barbasán, CAI., Zaragoza.
- 1997 *José Luis Gamboa. Pinturas*, Exposición itinerante de Ibercaja:
Centro Cultural Ibercaja, Huesca.
Palacio Barberán, Caspe (Zaragoza).
Palacio Montcada, Fraga (Huesca).
Centro Cultural Ibercaja, Zaragoza.
Centro Cultural Ibercaja, Guadalajara.
Casa de la Cultura, Monzón (Huesca).
Casa de la Cultura, Sabiñánigo (Huesca).
Centro Cultural Ibercaja, Logroño.
Sala Municipal de Exposiciones, Tauste (Zaragoza).
Sala del Palacio de Congresos, Jaca (Huesca).

EXPOSICIONES COLECTIVAS

- 1981 *Taller de grabado de Maite Ubide*, Sala Muriel, Zaragoza.
- 1982 Escuela de Arte, Zaragoza.
- 1983 *Taller de grabado de Maite Ubide*, Sala de exposiciones Aragón del Banco de Vizcaya, Zaragoza.
- 1986 *Gráfica-85. Grabado en Aragón*, Galería Costa-3, Zaragoza.
- 1987 Semana de Casas de Juventud, Casa de Juventud del Casco Viejo, Zaragoza.
- 1988 *I Feria de Artistas*, La Lonja, Zaragoza.
- 1989 *Spanische Woche*, Der Volkschochschule, Neubiberg (Alemania).
- 1989 *Spanische Künstler der Gegenwart*, Galerie Ruf, Múnich (Alemania).
- 1990 *III Feria de Artistas*, Espacio Pignatelli, Zaragoza.
Exposition d'été, Galerie Marie Hélène Bou, Decazeville (Francia).
- 1992 *II Muestra de Pintura y I de Escultura de la FABZ*, I.N.B. Mixto 4, Zaragoza.

ILUSTRACIONES

1992 Portada del catálogo de la II Muestra de Pintura y I de Escultura de la FABZ, I.N.B. Mixto 4, Zaragoza.

BIBLIOGRAFÍA

Catálogos de exposiciones

ARANSAY, Ángel, *Gamboa*. Sala Barbasán, CAI, Zaragoza, 1993.

ORÚS, Desirée, *José Luis Gamboa*, Benassar Galeries, Madrid, 1992.

ORÚS, Desirée, *Historias de una ciudad*, Zaragoza, Ayuntamiento, 1999.

RODRÍQUEZ GARCÍA, José Luis, *Para situar la pintura de J.L. Gamboa*, Zaragoza, Ayuntamiento, 1999.

Diarios

ANÓNIMO, *Un pas sur le chemin... Pour sa première exposition en France, José Luis Gamboa a choisi la galerie de Marie Hélène Bou. Il y montre une Espagne moderne dans un ambiance d'affiche...*, La Dépêche (1989, 29 de octubre).

ANÓNIMO, *L'exposition de l'été. Depuis le 8 de juillet et jusqu'au 9 septembre, la galerie Marie Hélène Bou propose une exposition des très bons peintres venant des horizons très différents. A voir...*, La Dépêche (1989, Junio).

ANÓNIMO, *J.B. Expo d'été à Decazeville. Une palette internationale à voir à la galerie Bou jusqu'au 8 septembre*, Midi Libre (1989, Junio).

ANÓNIMO, *Les instantanés de sa vie*, Midi Libre (1989, 29 de octubre).

AZPEITIA, Ángel, *Modo: José Luis Gamboa*, Heraldo de Aragón (1991, 3 de enero).

AZPEITIA, Ángel, *Escuela de Artes*, Heraldo de Aragón (1982, 30 de mayo).

AZPEITIA, Ángel, *Museo de Zaragoza, Gamboa Urgeles*, Heraldo de Aragón (1988, 1 de diciembre).

AZPEITIA, Ángel, *Greco B: José Luis Gamboa*, Heraldo de Aragón (1988, 29 de septiembre).

AZPEITIA, P.P., *Barbasan. Gamboa*, Heraldo de Aragón (1994, abril).

CASTRO, Antón, *La soledad sombría de un paisaje urbano*, El Día (1988, 23 de noviembre).

FELBER, Petra, *Feuilleton*, Süddeutsche Zeitung Nr 269/Seite 45.

FERNÁNDEZ MOLINA, A., *El taller Maite Ubide en la Sala Aragón. Una importante labor*, El Día, (1983, 6 de marzo).

FERNÁNDEZ MOLINA, A., *Gamboa Urgeles en Leonardo. Expresionismo e interiorización*, El Día (1984, noviembre).

MARINA, Mercedes, *Leonardo: Gamboa Urgeles*, Heraldo de Aragón (1984, noviembre).

MARINA, Mercedes, *Bonanza: José Luis Gamboa*, Heraldo de Aragón (1985, 23 de octubre).

MARINA, Mercedes, *Arte Joven: J.L. Gamboa Urgeles*, Heraldo de Aragón (1987, 12 de febrero).

ORÚS, Desirée, *La soledad de la multitud*, El Día (1988, 20 de noviembre).

ORÚS, Desirée, *El ambiente urbano*, El Día (1988, septiembre).

EXPOSICIÓN

Promueve y patrocina
Ayuntamiento de Zaragoza
Área de Servicios Públicos

Organiza
Servicio de Cultura
Unidad de Museos y Exposiciones

Título
GAMBOA

Espacio
Torreón Fortea

Período
20 mayo - 4 julio 1999

CATÁLOGO

Edita
Ayuntamiento de Zaragoza
Área de Servicios Públicos
Servicio de Cultura

Textos
Luisa Fernanda Rudi Úbeda
Juan Bolea Fernández-Pujol
Desirée Orús
José Luis Rodríguez García

Fotografías
Columna Villarroya

Impresión
Octavio y Félez S.L.

ISBN
84-8069-191-3

Depósito legal
Z-1369/99

Este catálogo
editado con motivo de la exposición
GAMBOA
se acabó de imprimir
en los talleres de
Octavio y Felez, S.A.
de Zaragoza
el día 14 de Mayo de 1999

